

CUMBRES DESDE LA CATEDRAL DE LA CIUDAD DE MÉRIDA



Fuente: Jesús León Barrios (2005)

CUMBRES, EN BUSCA DE SU ESPÍRITU

REBECA PÉREZ ARRIAGA

Estas reflexiones sobre el espíritu del lugar parten del recorrido como paseante-habitante de la ciudad, y la reflexión de la ciudad como espacio-paisaje a partir del sentido del lugar. Para ello he tomado algunas sendas de la ciudad y ciertos lugares seleccionados para vivir la experiencia del lugar a la vez que contemplarlos para adentrarme en la estética del paisaje como paseante y comprender su identidad.

Esta propuesta lleva a preguntarme ¿cómo trazar las pinceladas para dibujar el paisaje real de mi ciudad, a la vez que describirlo desde mi apasionamiento por Mérida? ¿Cómo mantener una postura “académica” dentro del enfoque humanístico de la geografía, y no pasar la línea que me conduzca más hacia el arte y la estética cuando intento capturar el espíritu del lugar de *Cumbres*? Debo inmediatamente plantear la idea de que el arte y la ciencia son formas distintas pero no contradictorias de entender y expresar una única realidad; como ya Humboldt lo planteaba en *Cosmos* (BUNKSÉ, 1981). Por lo tanto, no hay pérdida en este camino al encuentro con el espíritu de los lugares.

Para empezar este recorrido que es mi sentir y pensar esta relación paisaje-paseante y donde exploro el lugar desde su espíritu, me ubico en *Cumbres* tal como llamó Mariano Picón Salas a la ciudad de Mérida. Y en varias ocasiones me referiré a Mérida como *Cumbres* porque siento que esa palabra contiene el espíritu de un paisaje, el de Mérida ciudad, Mérida añoranza de un paisaje pasado, que aún en continuo cambio mantiene su esencia o su Ser de montaña andina, *Cumbres*.

En este contexto debo precisar que mi enfoque parte desde la postura del paseante tal como lo refiere Matheu Kessler (2000) en la genealogía del paisaje.

Expone Kessler (2000, p. 18) que “una genealogía del paisaje permite establecer los diversos tipos antropológicos susceptibles de aproximarse” al paisaje además “...se requiere de una estética de la impureza, es decir, una actitud en la que la contemplación significa sabiduría, y percepción relación íntima con la física del espacio geográfico”. Para el autor el viajero o paseante, acaricia la dualidad del paisaje, desinteresada y carnal, visual y táctil.

...Fecunda su aspecto externo mediante su contemplación renovada, extática, ardiente. Al atravesar el paisaje para la felicidad, para la dicha de su situación, se abre camino sin método preciso y descubre un itinerario, una perspectiva singular. Su intención es eudomónica... El paisaje es como una gracia constante del espíritu perceptor, da lo que no necesita dividirse para ser distribuido” (Op. cit., P. 18).

Para Kessler (2000) el viajero concede al camino la mayor atención, no es la llegada a un lugar como objetivo que caracteriza al turista (otro concepto en la genealogía del paisaje). “El viajero..., el caminante, pues, el paseante de largas marchas o el vagabundo” [como también lo indica Henry Thoreau] “aprecian el camino, la ruta (vía) del viaje que es una meta sin concepto, sin objeto, sin fin que realizar sino que pensar, soñar y existir” (p. 23).

Por otra parte tomo en consideración para una primera reflexión, pues requiere al igual que la de Kessler un análisis teórico más exhaustivo, los supuestos que Humboldt expone en *Cosmos* (1875, p. 13) con respecto al sentido de goce y sus gradaciones en la contemplación de la naturaleza con relación a mi búsqueda de una comprensión sobre el espíritu de los lugares.

Aunque en los postulados teóricos de Humboldt y Kessler no hacen alusión específica al lugar sino al paisaje y al espacio geográfico, las considero apropiadas para la reflexión que planteo desde un enfoque que toma el camino de la geografía humanística, y debe continuar posteriormente con una reflexión teórica profunda sobre las categorías espacio, paisaje, lugar con relación a la geografía y la estética, que incluyan las reflexiones de los pensadores citados así como las importantes propuestas filosóficas y geográficas de Yi Fu Tuan y Augustin Berque.

Los lugares de andanza en estas reflexiones se circunscriben al recorrido de la ciudad de Mérida en su casco urbano, hacia el sur en La Punta y un habitar en el Mercado Soto Rosa/Jacinto Plaza. Todos sitios transitados tantas veces como paseante, en los cuales mi espíritu se ha confortado y sentido unido a los lugares de Mérida. Justamente ello me ha conducido a pensar sobre la identidad de los paisajes y sobre todo iniciar una búsqueda del espíritu de los lugares, lo cual se ha convertido en comprender ese espíritu cuando el mío logra conectarse en la serenidad del *ser* del lugar.

Este camino me lleva a preguntarme ¿cuál es la identidad y sentido del paisaje?, respuesta que tal vez sea halla en el sentimiento generado por el

espíritu del lugar, presente como marca en el espacio y el individuo consciente o inconscientemente capta y le hace sentir arraigo por el espacio habitado. En el caso del paseante sentir cierta identificación con el paisaje dada por la sensibilidad de “estar” en él, sentir una cierta experiencia estética y filial con relación a la belleza física y espiritual del entorno geográfico recorrido que lo hace suyo.

AL ENCUENTRO DEL ESPÍRITU DE *CUMBRES*

Un paisaje alberga varios lugares que siendo distintos en su conjunto otorgan identidad a la ciudad. En nuestro caso Los Andes merideños son paisajísticamente diversos por su variedad de ecosistemas, sin embargo en lo que denominamos ciudad de Mérida existe un paisaje que la identifica.

Además en los paisajes habitados, la cultura deja una huella adicional que completa esa unicidad al paisaje. La montaña es la marca dactilar de Mérida como región y como ciudad. En este sentido, la presencia de la montaña como un todo alrededor de la ciudad es su identidad; aunque ella en su intimidad sea diversa pues muestra una tipología de paisajes propios de los Andes del norte de la América del Sur.

Ese estar “abrigada” la ciudad por sus Sierras del Norte (Figura 1) y Sur revelan su identidad como impresión estética pero igualmente geográfica del paisaje. Y es precisamente internándose en él que comenzamos a develar los lugares, esas estancias donde se respira y percibe de manera inmanente el espíritu de los lugares que dan identidad al espacio geográfico: el espíritu de la montaña.



Figura1.-Mérida. La Liria en la Sierra Norte.
Fuente: Rebeca Pérez (2017)

En Mérida está presente su cosmogonía y cosmovisión andina: las piedras sagradas, las lagunas, los picos, la montaña; ello expresa su sentido de ser, su esencia, estén o no habitadas (Figuras 2 y 3). El silencio del páramo, el lenguaje de las aguas al correr entre las rocas y estrechos senderos andinos, la quietud de las lagunas y su bramido cuando “extrañan” a alguien que se acerca por vez primera; la lluvia de arco.



Figura 2.- Vía Alto de la Cruz hacia Los Nevados.
Fuente: Rebeca Pérez (2008).



Figura 3.- Páramo de Gavidia, hacia Morro Alto.
Fuente, Rebeca Pérez (2016).

Las nacientes y la presencia del malangá que anuncia a las minas de agua en los ecosistemas del bosque estacional de las laderas de la Otra Banda hacia Liria, Mocotíes Alto, San Rafael, la Pedregosa, Loma La Morita (Figura 4)



Figura 4.- Sr. R. Álvarez, camino a las lagunas y minas en Mocotíes Alto. La Pedregosa.
Fuente: Rebeca Pérez, (2007).

Los derrubios desparramados en la sequedad del desierto periglacial, las espeletias en flor tapizando junto a la vegetación en cojín las laderas y planicies de los páramos altos; la humedad, las lagunas (Figura 5 y 6), los “encantos” que identifican el paisaje de *Cumbres*.



Figura 5.- Lagunas Bravas. Páramo de Gavidia
Fuente: Rebeca Pérez (2015).

Y ese espíritu se experimenta en las sierras desde las nacientes del río Chama hasta su cuenca media hacia la zona seca, con las particularidades que puedan nacer de la altitud y la presencia de la zona semiárida en plena Cordillera Andina (Figura 6). Pero estos rasgos están allí y hechizan el corazón amante del paseante y, también, en forma menos evidente pero no menos intensa del habitante.



Figura 6.- Cara del Indio desde la ciudad de Mérida.
Fuente: Rebeca Pérez (2018).

CAMINAR COMO PASEANTE EN EL ESPACIO-LUGAR DE *CUMBRES*

Cuando camino como paseante y habitante de mi ciudad, entonces logro verla. Siempre está aquí pero la transitamos como sitio de paso para llegar a un destino, de manera similar a un turista. Sí, nos hemos convertido en turistas de nuestra propia ciudad, a veces también de nuestro hogar.

Siendo turistas de la ciudad es difícil sentir el espíritu de los lugares menos aún sentirnos merideños en términos de arraigo del lugar; no de “apego a” sino ese sentimiento amoroso que hace sonreír ante el frescor que regala un árbol en la Plaza de Milla, o el aroma de una casa que recuerda nuestra infancia (Figuras 7 y 8).



Figura 7.- Milla en el atardecer.
Fuente: Rebeca Montes (2016).



Figura 8.- Iglesia de Milla, el cristal y la lluvia.
Fuente: Rebeca Montes (2016).

El sentido de ser de un lugar solo se entiende al sentirse unido a un espacio geográfico como un todo; no por pertenecer a un *territorio* como espacio geográfico apropiado con unos límites geográficos imaginarios legales o político administrativos. No, es el sentimiento casi “inexplicable” de un amor filial por la ciudad. Solo de esa manera se puede comprender el sentido poético en que

escritores como Mariano Picón Salas describía su ciudad en *Viaje al Amanecer*; o la belleza con que Humboldt habla de las Regiones Equinociales con el asombro del paseante en tierra desconocida pero que finalmente logra captar el espíritu de sus paisajes.

En *Walden*, Thoreau también describe este sentido de lugar, aunque también expresó el sentido de desapego o ¿desarraigo al lugar? cuando ya no se siente parte del lugar, en ese caso la ciudad donde vivía. En parte por eso abandona la ciudad e interna en el bosque como paseante desinteresado; allí tal vez se entienda el primer sentido de estado de goce que Humboldt identifica con el contacto con la naturaleza; pero luego lo habita aprehendiendo del lugar porque no le es ajeno y se hace parte de él. Creo que de la ciudad también hay que aprender a conocerla y aprehender a ser ella.

RECONOCIENDO CUMBRES

Puedo iniciar desde cualquier lugar, pero tomaré tal vez como algo simbólico la Avenida Universidad pues en una época hasta allí llegaba Mérida o podría decir también porque es el “abre boca” -entrada- hacia la ciudad. Su norte. Por supuesto está la entrada sur, por Lagunillas hacia Ejido y desde allí pasando por su zona perimetral para entrar al corazón de la ciudad; y por cierto estaríamos entrado por la primera ciudad prehispánica y más importante encontrada por los españoles: Lagunillas – Jamuen - (que debería ser la primera Ciudad de Los Caballeros), y siguiendo hacia Mérida la ciudad inicialmente fundada en La Punta, y luego sí la Mérida, fundación definitiva de la ciudad.

Pero inicio por el lugar de salida y entrada a mi ciudad que recuerdan mis ojos desde la niñez. La Avenida Universidad, ella aparentemente homogénea en su trayecto a la vez que distinta de los demás lugares de Mérida. Pero cuando se la camina saliendo desde el Complejo Ciclo Básico de la ULA en la Milagrosa en el semáforo que la conecta con la Avenida Universidad y se inicia el contacto con ella en los Edificios Los Caciques pasando por la Redoma olvidada de Mariano Picón Salas hasta la Plazoleta de Chaplin, se aprecian rasgos distintos. Un paisaje con diferentes matices.

Visto desde la perspectiva del *paseante*, si se la recorre bajando o subiendo, desde la acera derecha o desde la izquierda se van apreciando distintas características... es como la personalidad del lugar.

De los Caciques hasta la Línea de Taxis tiene un tono residencial: el espíritu que identifica todo el sector viene dado por el conjunto de los nueve edificios que conforman Los Caciques con su estilo arquitectónico de los años '70 y sus áreas verdes. Caso muy particular es el terreno, otrora baldío, a un lado de Los Caciques, justo en la intercepción del semáforo. Este lugar habitado desde hace

décadas lleva a cuestras la huella de la historia en sus rincones; un lugar totalmente atípico a sus alrededores. Como abrir un portón hacia otra dimensión del pasado merideño, pues en plena urbe se halla uno en el campo.

Es una propiedad campestre, una isla encantada. Cuando entré a este lugar mágico y me senté en un larga banca de una de las casas junto al Señor Benjamín Ramírez escuchándolo al tiempo que miraba las plantas y arbustos fue como sentirme sentada en la banca de la casa de José Juan en las Lomas de Mocotíes Alto en las laderas de la Pedregosa. Eso me asombra y cada vez que paso caminando, no puedo evitar pararme a contemplar el sitio y maravillarme de los secretos que guarda mi ciudad.

Vuelvo a los Caciques y frente a las residencias hay una estructura testigo de lo que fue la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (ULA)... ahora un fantasma que alberga Vigilancia de la ULA, en total descuido este patrimonio arquitectónico de la ciudad que pareciera clamar a gritos ser visto, no pasar invisible y devolverle la vida! Él puede constituir lo que los arquitectos en su clasificación de topos denominan *lugares altópicos* (Vielma, *sf.*). Un paisaje no habitado que corre, en el tiempo, junto a otro paralelo poseedor de un sentido de vida para el habitante. Este lugar altópico permanece mostrando sus estructuras desgastadas, en ruinas y decadentes pero existentes, que eventualmente pueden ser sitio de estadía esporádico para algún señor de la calle sin hogar, o guarida de delincuentes, o la salvación para ciudadanos que manifiestan por los derechos humanos y de vida del país al ser perseguidos por grupos de colectivos motorizados que aterrorizan a la población venezolana.

Sigo caminando y desde la Línea de Taxis hasta el Hotel Tibisay, antiguo Cine, se aprecia en todo el trayecto el uso comercial que, a diferencia del anterior, le otorga otra identidad. Además paralelo a él se encuentra otro paisaje: la Hoyada de Milla, que tiene otro espíritu. En este tramo de la Avenida Universidad me encuentro con los abastos, las carnicerías, el Restaurant Chino, la panadería, los abastos chinos con su mundo particular, el extinto pequeño Restaurante árabe de shawarmas, la venta de baterías. Aquí también el centro de alienación de carros de Lombardi, cuyo dueño murió a manos del hampa a plena luz del día, y diagonal la Clínica Veterinaria, cuyo dueño corrió la misma suerte que el Sr. Lombardi. ¿Cómo la ausencia de una persona y la causa injusta que obliga a partir a destiempo a alguien, cambia la percepción del lugar? Es como si algo del brillo del lugar desapareciera, su destello particular... queda la luz pero le falta un color a su arcoíris.

En la Redoma con la escultura de Mariano Picón Salas en el centro y el monte creciendo alrededor, y si nos descuidamos también la basura! miro hacia Liria en la Sierra Norte, giro y miro la Sierra Nevada; qué sitio debió ser ¿tendría

ese aire de Mérida en Milla, o Chaplin que ya perdió y que daba la bienvenida al visitante que entraba en Mérida? De aquí hasta la Plazoleta Chaplin, la avenida cambia su rostro... yo lo veo algo gris, ¿será que tanto concreto me abrumba y su estrecho tramo con los vehículos transitando en fila le dan algo de frialdad a mi corazón? ¿Tiene otra personalidad tan marcadamente distinta? Me parece que sí. Este trecho parece impersonal: el MTC (Ministerio de Transporte y Comunicaciones) cuyas instalaciones acompañan casi todo el sector.

Aquí debo hacer una pausa merecida: entrar a las oficinas del MTC justo frente a la Redoma me permite conectar con otro espíritu interno a la edificación. Me encanta como los “*encantos andinos*” la arquitectura de la edificación de un piso y planta baja, pensada con unos ventanales grandes desde donde se puede contemplar las dos sierras en todo su esplendor y se puede, por un breve instante, creer que se tocan los árboles de la sierra con las manos; un respiro visual para el tedio del lento transcurrir del papel y la burocracia. Sigo las líneas de las puertas de madera de cada oficina, el piso de granito, las amplias escaleras, una arquitectura bella. Y veo que así sigue siendo Mérida, llena de sorpresas.

Retorno de mi pausa. Seguido de este “conjunto “de oficinas del Ministerio, bajando a mano izquierda, le siguen las que corresponden con tránsito terrestre; la venta de maderas, cybers y en adelante de esa avenida hasta Milla casas, bodegas y par de talleres mecánicos, ya es el aire de Milla que domina. Ahora me ubico otra vez en la Avenida Universidad en el MTC, para contemplar su rostro bajando del lado derecho: el Hotel Prado Río y las instalaciones más recientes del Hotel Escuela de Los Andes, las licorerías y seguido la Cruz Verde y Plazoleta Chaplin.

Lo que más me gusta de los alrededores Plazoleta Chaplin, en la Cruz Verde de Milla, son la muy evidente casa de arquitectura de los años '50 del siglo XX, Villa Carmen, ubicada justo frente de Chaplin en la avenida que viene subiendo de Milla, y la propia Plazoleta con la Casona antigua sede de Corpoandes, hoy una bella posada. De este sitio tan puntual, tan lugar con respecto a la Avenida Universidad, me sorprende que tenga una identidad similar a la ciudad a diferencia de su trayecto precedente. A pesar que cambió con la construcción del enlace vial, conserva mucho del espíritu de *Cumbres* en los sectores de Milla y Belén... es que hasta su nombre, Cruz Verde, denota una identidad que persiste.

En la casa antigua Villa Carmen ahora solitaria y casi en ruinas, parece también irse convirtiendo en un lugar altópico, aun estando en el mismo entramado urbano de casas; pues su arquitectura distinta y el abandono que la va invadiendo la convierte en un ser extraño dentro de este lugar. ¿Qué haremos para volver a mirar la ciudad, sus sitios de valor histórico arquitectónico en estos tiempos que se vuelven tan impersonales?. Diría yo, ser menos turistas y más

paseantes de nuestro propio lugar. ¿Cómo haremos para despertar de nuestra indiferencia, de este letargo y tornarnos más humanos; y mirar amorosamente con sorpresa la ciudad? y luego de re-encontrarnos con ella sentirnos en un “inalienable paisaje poético”.

EL INALIENABLE PAISAJE POÉTICO

Llego a la *Cumbres* del casco central de la ciudad y vuelvo a apreciar que desde casi todos los sitios en Mérida puedo mirar hacia las Sierras, sus verdes laderas y el azul del cielo. Desde la ciudad tengo la sensación de estar asomada a un balcón mirando un jardín, y resulta que este jardín son las laderas de Liria y Cerro de Las Flores hacia los Próceres, o San Jacinto y otras aldeas hacia la Sierra Nevada. Contemplo los árboles en sus distintas tonalidades de verde, y veo como motas salpicadas por los cerros las casas, unas campesinas, otras quintas. Esta mezcla urbano rural tan característica en las laderas aledañas a *Cumbres*.

Entonces mi alma se posa en las laderas que me rodean y me quedó inmóvil sintiendo que puedo tocar este paisaje rural; salir de aquí y estar allá, caminando por sus veredas pasando entre los zanjones. Y retornar a este otro paisaje urbano que también palpita en mis venas. Aquí tengo, frente a mí, tan cerca y tan lejos a la vez un cuadro bucólico, que es el otro rostro de mi ciudad... estas montañas que la acompañan y que han estado antes que la ciudad surgiera como una creación extraña, venida de la nostalgia del español “al extrañar” su propia tierra. Estas laderas ahora con menos vegetación y más casas se muestran para quien las desee ver y dialogar con ellas desde una esquina de la ciudad.

Cuando estoy *paseando* en Mérida, contemplando la ciudad mientras me desplazo bajando desde Milla al Centro de la ciudad, me topo con las montañas como si las calles de la ciudad me pudieran conducir de manera directa hasta ellas: cerros y lomas que me van apuntando que hacia el páramo donde me esperan las grandes esculturas rocosas (Figura 9).

Pero si observo desde la ciudad hacia el sur, entonces se anuncian montañas cuyo cuerpo suavemente sinuoso se visten distinto en su vegetación y me dejan saber que más hacia el sur me encontraré con el pie de monte andino que da la bienvenida al paisaje y cultura llanera.



Figura 9.- Desde la calle 24 hacia El Espejo, camino silente y siento que mis pasos me llevarán sin pausa hacia la Sierra Nevada.

Fuente: Rebeca Pérez (2018).

SENTIDO DEL LUGAR, LAS AGUAS DE CUMBRES

Uno de los rasgos que distinguen a Cumbres son sus ríos, los cuatro ríos que bajan desde la Sierra: Albarregas, Milla, Chama, Pedregosa. Como decía Mariano Picón Salas:

...el paisaje de Mérida fue creado en un día de sumo alborozo por un Dios demasiado inventor que se entretenía en recortar y tajarse montañas, en esparcir paletadas de color, en orquestar desde la meseta una sinfonía de aguas que a veces braman como el Chama en los meses más tormentosos, o apenas susurran como el Milla cuando acaricia los verdes campos de Liria... (PICÓN SALAS, 1966, p.193).

...Albarregas, río de clarísimas aguas, sombreado de naranjos silvestres, de algún sauce llorón de peinado ramaje, de un fondo de tejados sobre la cuesta roqueña en que parece amurallarse la ciudad y que le deban a nuestra Mérida, contemplada desde la ribera, un aspecto de villa española – Ávila o Salamanca- (PICÓN SALAS, Carta a Emilio Menotti en Nieves de Antaño, 1981, p. 244).

Aguas cristalinas, aguas cantarinas, aguas juguetonas que celebran la fluidez de la vida. Y así como la vida es transitoria, igualmente la ciudad con sus paisajes es cambiante. Sin embargo, también parece que la ciudad tiene un alma y que al igual que la humana es eterna. Hay un sentir que se adueña de mí cuando pienso en los ríos de mi ciudad: aunque el río esté contaminado por la mano del hombre no

podrán jamás quitarle su voz, su sonido a veces abrumador, a veces un susurro que llega para apaciguar el espíritu.

Tampoco puede el hombre detener su marcha, su serpentear a veces lento a veces voraz, pero siempre en movimiento. Puede el hombre embaularlo para morar en sus espacios naturales y tratar de silenciar su voz, pero debajo corre con vida y su eco tímido resuena; otras veces se le desvía de su camino natural pero inevitablemente su fuerza vital clamará por retornar a su lugar materno. Mérida, Mérida... tus ríos te cantan, te modelan como el escultor que acaricia la arcilla y va torneando sus curvas.

Albarregas en la Cruz Verde de Belensate, antiguo lugar de brujas como le llamaban algunos. Ese trayecto de Belensate hacia la avenida Andrés Bello a dar con el Acuario es una estampa maravillosa (Figura 10), tanta vegetación que abriga el camino, sus sombras y el paso de la luz a través del follaje... y junto a ello el sonido del Albarregas. Ahora es imposible bañarse allí como en época de Picón Salas - cuando la gente hacia sus picnic los domingos - pues no se saldría ileso de alguna enfermedad en la piel, bacterias y derivados de la contaminación despiadada debido al crecimiento urbano sin urbanidad, sin sentido de "*filia*" hacia la "*polis*".

El rumor del río acompañado de su olor natural tornó a su fin. Hoy en día es un atentado al olfato transitar hacia el ocaso por el sendero de Cruz Verde y que penetren los aromas putrefactos del mal herido Albarregas. Sin embargo, el encanto al pasar por allí, como si me adentrara en una pagoda, permanece intacto en mí porque ese entramado verde y el jugar de la luz con las hojas de los árboles me conmueven cada vez que tránsito su sendero.



Figura 10- Bañistas en río Albarregas. Oleo s/mdf.

Fuente: Omar Cerrada (2005).

En su largo trayecto, Albarregas viene bajando desde la montaña y pasa cerca de Liria por la antigua Cruz Verde de Milla, ahora enlace vial, y de allí continua su paso acompañando a la ciudad hasta La Punta, más allá de Belensate. Antiguamente los pobladores pasaban de Milla hacia Liria por el sitio conocido como “paso de los cocos”, por una callecita ciega por la avenida 1 que en su trayecto final mantiene una reja cerrada hacia su antiguo sendero. Me imagino la gente transitando por ese “paso” para pasear por las sendas que bordeaban las aguas cristalinas de Albarregas, y los merideños retozando mientras escuchaban el rumor del río, contemplaban en la quietud sus aguas y se “remojan” en ellas con la feliz inocencia de los niños.

Pero la Cruz Verde de Milla cambió luego de la construcción del “enlace vial” que conectó formalmente el flujo vehicular de Liria con Milla en Chaplin. Sin embargo, cuando se camina por ese trayecto del enlace antes de llegar a la Plaza de Toros acompañados con el verde de los pastizales y el río, se aprecia ese otrora espíritu de campo. Es como si pudiera sentirlo de nuevo en mi mente a través del olor, del color de la vegetación, o ¿será que activa un lejano recuerdo de mi infancia o una estampa descrita en la literatura? Pero este espíritu está en el lugar y mientras lo camino contemplo esta imagen que conserva todavía algo de la antigua fisonomía del paisaje.

Ya saliendo hacia Liria en el Núcleo Universitario de Derecho, Humanidades y Faces me topo con otro rostro distinto. Liria dejó de ser el campo de potreros y en él se sembraron las infraestructuras de concreto que acogerían al mundo del conocimiento, como una vez lo hizo el Seminario San Buenaventura y el antiguo Colegio San José en la ciudad (Figura 11), lugares que aún existen. El Seminario se mudó a Las Heroínas para albergar el mundo teológico. Y el Colegio San José para dar amorosa cabida a las Artes: la Danza, la Música, la Galería La Otra Banda...unos saberes y artes que se supieron enraizar en este espacio como sus espléndidos árboles en tan noble arquitectura.



Figura 11.- Antigua Colegio San José. Mérida.
Fuente: J. Abraham León (1995).

Los bailarines, las partituras flotando por los salones a través de los instrumentos musicales o las cuerdas vocales, las voces de los alumnos, las tertulias en los pasillos, las lecturas en una quietud acompañada del movimiento acompasado de los árboles, los conciertos de sus habitantes.

Hay “no lugares” que se hacen lugares en la medida que se los habita eventual pero cotidianamente. El antiguo Colegio San José es un espacio habitado por la música, las risas, el movimiento cortante de los cuerpos con el aire que dibujan en el espacio las danzas de los bailarines, las partituras flotando por los salones a través de los instrumentos musicales o las cuerdas vocales, las voces de los alumnos, las tertulias en los pasillos, las lecturas en una quietud acompañada del movimiento acompasado de los árboles, los conciertos de sus habitantes.

Ese “no lugar” tiene mucho de un espíritu del lugar que lo acompaña: guarda los pasos de sus antiguos habitantes, los Seminaristas del siglo XIX y principios del XX. Luego cuando pasó a ser Escuela de Música y de Arte, también gravó aquellos pasos de los niños jugueteando por los pasillos mientras esperaban sus clases de flauta, cuatro, piano, solfeo, mandolina, violín y el caminar de los primeros jóvenes que hicieron su carrera como artistas plásticos de Mérida.

Me acerco de nuevo
y parece que aquí he soñado mi vida,
recorrido, sigilosamente, estos corredores
que me conducen a tus recuerdos.

Los patios,
fuente de sonrisas que se escabullen
entre árboles y fragancias de juventud.

Tus estancias,
la brisa recorriéndome caricia de madre selva
sombras amorosas del atardecer.

OTRA MIRADA DE LA CIUDAD. LOS MERCADOS

El olor de las verduras, el color que revolotea por doquier donde uno mire. El bullicio, la conversa amena de quien se detiene en cada puesto, o de los “habitantes” eventuales que durante dos días tienen este espacio como lugar de vivencias y trabajo. Se convierten en vecinos de dos días cada semana durante el año.

Si se llega al Mercado a media mañana de un sábado, Uno se encuentra entre un laberinto de gente; y si se es paseante además de comprador se puede ver este aparente “no lugar”, como le denominarían los antropólogos, como un lugar de Mérida con tanto espíritu donde se vuelve a ser merideño.

Entonces no habrá prisa sino un transitar buscando las mejores verduras según el gusto y sencillamente disfrutar del lugar. Pero si se va sin el escaso dinero en efectivo, la mira también será buscar los mejores precios en los puestos que tengan punto de venta. Entonces a caminar! ya no solo para buscar verduras frescas y baratas (Figura 12), aquel tradicional *barato* que era el juego normal de la oferta-demanda, sino verduras en la escasez y a la vez precios que ayuden a tratar de hacer un mercado que rinda con el poco poder adquisitivo que ahora tenemos en medio de una escandalosa hiperinflación bien planificada.

Afortunadamente esta experiencia cotidiana de largas colas y escasez económica no ha logrado cambiar el hecho que nos convirtamos en habitantes-paseantes de un lugar tan lleno de identidad merideña como es el Mercado. Hay personas que tienen 25 años y más trabajando en sus puestos de venta, como la señora Rosa de las ramas que hace vida aquí desde que se fundó el Mercado y tiene su puesto en lo que se conoce como Jacinto Plaza. Ella estuvo primero en el Mercado Tatuy en el centro de la ciudad, después del incendio se fue al Jacinto Plaza.

En este paisaje urbano que tanto me deleita, uno se siente a gusto. Hay un encanto en ver la gente con sus rasgos culturales de campo, o los rostros nuevos de gente jocosa que echan broma y vitorean cuando el punto de venta pasa rápido! y en medio de este desastre de país hace que Uno se ría...supongo que eso es la vida: no dejar que se nos vaya de las manos y que siempre se pueda saborear los buenos momentos que siempre nos llegan.

Sentir el Mercado como lugar merideño de “habitar” y de “caminar” es una experiencia de conocer el mundo, una faceta muy preciada de la ciudad, de sus lugares de identidad estética y cultural. Por eso me gusta, es tan distinto a lo impersonal de los supermercados (de los pocos que quedan en la ciudad); por otra parte, ir al abasto tiene otro matiz y encanto, pero el Mercado Soto Rosa y Jacinto Plaza (Figura 12 y 13) tiene una vida propia ¿será su género de vida?

Uno transita entre los estrechos pasajes del paisaje interior del Jacinto Plaza o los que conectan Jacinto Plaza para salir al Soto Rosa, o las “calles” del Soto Rosa, si así quisiéremos denominarlas, y se sabe que se va a ir a saludar a los amigos que venden... de aquellos que se hace uno cliente y se va desarrollando una relación de *filia* particular; y aunque no se compre igual es paso seguro para saludar y sonreír. Pasar a tomarse el cafecito negro por el puesto que se hace de nuestra preferencia; crear querencias.



Figura 12.-Ventas de plantas medicinales en Jacinto Plaza.
Fuente: Rebeca Pérez (2018).



Figura 13.- El espíritu del mercado Soto Rosa.
Fuente: Rebeca Pérez (2018).

Llegan ahora a mi mente las líneas escritas en *“Viaje al Amanecer”* y logro entender el apasionamiento de Picón Salas con su ciudad, nuestra ciudad, y enamorarme una y muchas veces más de este habitante de Cumbres, escritor y paisano a través de sus palabras tan evocadores que emanan de su corazón:

Así, en la ausencia de mi ciudad, cuando pronuncio la palabra “Mérida” vuelvo a oír cantar todas las aguas y huelo todas las flores y las plantas de un inalienable territorio poético. Digo, por ejemplo (y todo merideño me comprenderá bien): “díctamo real”, “cínoro”, “incinillo”. Me provocan las frutas que vendían en el mercado: los rosadas “curabas” de los páramos; los “caimitos” de Ejido; las razas manzanas de Pueblo Nuevo; las “piñas” de Chama; las “badeas” de La Pedregosa... (PICÓN SALAS, 1966, p.194).

En el Mercado se encuentra un respiro para recordar y sobre todo ejercer la merideñidad (Figura 14), olvidada o dejar a un lado ante la agresividad a que nos lleva la ciudad, esta urbe que tanto ha cambiado: con pocos espacios públicos limpios y seguros para transitarlos... dejaron de Ser.

La ciudad se transformó en pocos años y de manera abrupta en un espacio poco amigable, sobre todo el casco central de Mérida, otrora lugar de reunión; antes nos planteábamos el problema de los buhoneros y la desorganización funcional de la ciudad, ahora nos encontramos con calles desoladas e inseguras en el día por la ausencia desde hace años de los *policías*; los señores indigentes que abundan escudriñando junto a los perros en la basura para comer, los niños solos deambulando sin padres por las calles pidiendo limosna, buscando comida en las panaderías para desayunar o almorzar, o siendo explotados por sus propios progenitores. La basura, la delincuencia, cierta generación de jóvenes que en 20 años se acostumbraron al hábito de no trabajar sino a la cultura de la mendicidad, del robo y del esperar la limosna estatal bajo la premisa del gobernante *"debe dárseles sin trabajar porque es su derecho luego de tanto años de exclusión social"*..; *hasta a robar tienen derecho.."*



Figura 14.- Serie Mercados. Oleo s/tela.
Fuente: Omar Cerrada (2008).

Sí, la ciudad cambió. Aquellos negocios de toda la vida apreciados por sus significantes como parte orgánica de la ciudad fueron bajando sus santas marías

ante el desmantelamiento de un país: Selemar, el café del italiano de la plaza Bolívar (cuánta gente se reunían a ver los partidos de fútbol), el Centro Comercial Colonial en la avenida 3, el Gran Mundo (hoy reducido a dos pasillos con escasos artículos), la zapaterías Zolanda y Casa Valero; la Casa Alicia (venta de hilos y botones) reducida a la mitad de su establecimiento, el Almacén El Gallo... y así.. es que eran íconos de la ciudad. La gente que atendía y sus dueños eran personajes parte de la identidad de la ciudad, parte de nuestras querencias.

Había una merideñidad en el Almacén El Gallo en la av. 2 entre calles 24 y 25 o en los almacenes de muebles de los árabes con esa atención milenaria del comerciante que llevan en sus venas y traían del Medio Oriente a estas montañas andinas equinocciales. En la avenida 2 en el sector el Llano, sitio por excelencia de los almacenes árabes que fueron cerrando paulatinamente y de manera obligada desde el inicio progresivo de la debacle socioeconómica inducida por el Régimen dictatorial y sobre todo la pérdida de valores alimentada por el estado tiránico en los jóvenes de la generación de los años '90 en adelante y el propio estamento político sin sentido de *polis*. Todos estos lugares comerciales fueron sustituidos por una "serie" de venta de ropas interior (hasta 3 en una misma cuadra) o sino venta de verduras y comida como lo demanda la pobreza actual.

En fin, la vida ahora es la búsqueda itinerante de comida ante su escasez y altísimo costo frente a unos salarios que no cubren las necesidades básicas, menos aún darse el gusto tan preciado de sentarse a tomarse un café con un amigo en alguna cafetería de cualquier esquina de ciudad, o en el disfrute de la propia compañía mientras se contemplaba el discurrir de la ciudad o la luz del atardecer acariciando la montaña.

En este contexto se valoran tanto aquellos lugares de la ciudad que logran conservar ese espíritu de Mérida como el Mercado Jacinto Plaza y Soto Rosa o el Mercado Periférico, el Mercadito de 21 por allá en la avenida 2 lora, incluso los puestos de verduras de los días sábados en la avenida 2 lora entre calles 20 y 22; un tesoro de vida cotidiana que guarda la ciudad, un paisaje transitorio y efímero de colorido y aromas, de rostros y sombreros, de sonidos y collage. Las flores, las verduras, el olor de las plantas aromáticas cuando se transita un sábado a las 7 de la mañana, le otorga, junto a los establecimientos tan particulares de la zona, los rasgos que identifican y definen la avenida 2 Lora de otros lugares también tradicionales de *Cumbres*.

Retorno al Mercado Soto Rosa, me maravilla ir a comer alfajores con el mismo Señor de la fulgoneta azul celeste que luego de 25 años se mantiene allí en el mismo lugar que hace tantos años. ¡Cómo no amar este lugar, lleno de querencias! El estacionamiento llamado Mercado Soto Rosa, antiguo Estadio Soto Rosa, es la parte

más nueva y al descubierto donde llegan la mayor parte de los productores (Figura 15 y 16).



Figura 15.-Estacionamiento Soto Rosa vía mercado.
Fuente: Jesús León Barrios s/f.



Figura 16.- Mercado Soto Rosa y la Sierra del Norte, Cara del Indio.
Fuente: Rebeca Pérez (2018).

Hay un mini-mundo donde mirar y deleitarse en la frescura de las verduras, la textura de los granos, la tradicional venta de pollos vivos, la carne y quesos, las cachapas y tungas no pueden faltar ni la venta de maíz pilado para la elaboración

de las arepas, los camiones de plátanos donde el verde oliva se mezcla con el amarillo. Las frutas que se encuentran al final del estacionamiento para salir a Campo de Oro, dan gusto contemplarlas y casi se hace agua la boca con los magos, las lechosas, las jugosas naranjas, las badeas, las curubas y parchitas, los limones, el níspero y no falta la panela con el olor a caña que me transportan a los trapiches de Ejido y San Juan de Lagunillas.

Llegan los jueves al mediodía muchos vendedores con sus camiones, instalan sus puestos o toldos con varas de metal y techos de lona o de plástico negro o transparente. Se llega a habitar un estacionamiento “vacío” y en cuestión de horas le dan otra vida: su función y fisonomía cambia; hay una metamorfosis, una transformación que no me había detenido a pensarla. Claro que la vemos pero como algo curiosamente inadvertido, que está allí tácitamente, ocurre y no lo pensamos, llegamos a ese espacio habitado transitoriamente a darle nosotros, también, vida temporal

Tal vez, visto “de pasada” algún día que tomando un bus de la línea Campo de Oro me llevara hasta el Gimnasio Soto Rosa hacia la zona de venta de repuestos de carros, y seguramente miré de reojo un gran estacionamiento vacío, con un sin sentido para mí o para muchos mientras no está el Mercado. Es en esos días de semana que lo vemos como “no lugar” antropológico, pues espacialmente el lugar está allí pero sin habitar, sin función, es decir un *no lugar* (metafórico) si por ello entendemos un lugar sin sentido de arraigo, de vivencia cotidiana pero que es un *topos*, una entidad geográfica concreta existente aunque no estén presentes las relaciones sociales que nos hacen denominarlas a nosotros lugares. Un no lugar, un sitio de paso donde no concurre gente a no ser que se pase más cerca para ir al Estadio 9 de Octubre.

En el estacionamiento está la puerta de entrada al antiguo Estadio Soto Rosa. Pero los días de Mercado queda oculta entre los camiones de venta de hortalizas y el “bululú” de gente, de esa manera pasa invisible y entre semana no se acude al lugar cuando podría apreciarse. Así que queda desapercibida, anónima o ¿será huérfano de contemplación, huérfano de *polis*? pasando a convertirse en un lugar altópico.

CIUDAD Y EL ESPÍRITU DEL LUGAR

Como inicié este recorrido como paseante por el norte de *Cumbres*, resultó que sin un plan predeterminado ahora concluyo mi recorrido por el sur de la ciudad. Sentada en un café de la Panadería de Las Tapias (Figura 17), cerca del Museo de Ciencia y Tecnología, siento que estoy bajo otro matiz del caleidoscopio de mi ciudad. Es un lugar más impersonal que el Mercado, aunque tiene su gente

asidua, amigos de tertulia -tan necesaria en estos tiempos-, vecinos que hacen de ese espacio su lugar.



Figura 17.-Avda. Andrés Bellos, Las Tapias.
Fuente: Rebeca Pérez (2018)

Como persona de paso escucho las cornetas de los carros, la gente hablando... este no es un lugar para quedarse mucho tiempo. Sin embargo, me gusta ver desde aquí los atardeceres, contemplar el naranja del sol cuando comienza su recorrido hacia el ocaso. Es una luz que me hechiza, ¿será que la naturaleza “me encanta” más que la ciudad y que los humanos? Recuerdo lo que fue este paisaje semiurbano, antes de “la llegada” del Trolebús. Cuántos árboles estaban en la avenida ofreciendo aquel frescor visual, aquella sensación que otorgaban de estar en La Punta; árboles grandes llenos de tanto verde albergando todo un mundo de aves. Ahora veo árboles de metal.

Estos recuerdos me hacen pensar en los llamados “paisajes de la memoria”. Considero que el paisaje es lo que es, lo que veo y percibo ahora; lo demás son *recuerdos* que acompañan al título de paisaje. Aquél paisaje que fue, ya no existe; lo que permanece es la melancolía de Uno, una imagen en mi mente del pasado. ¿Qué quedó? solo el espacio donde estuvo ese paisaje porque su configuración cambió, pasando a ser otro paisaje que es sujeto de cambio cuando el hombre lo interviene para modificarlo.

Sigo aquí en este lugar, mirando ahora hacia lo lejos... al horizonte; y como en *Cumbres* mi vista se encuentra con las montañas y el color del cielo me anuncia que

hacia el sur de la ciudad, de “La Punta” hacia “abajo”, me toparé con otros paisajes. Exido y más allá Jamuen... los paisajes semiáridos en la cuenca media del río Chama. Sé que cuando me desplace hacia allá me seguirán las montañas, la Sierra Nevada y la Culata, que en esas cotas altitudinales muestran otro rostro: la sequedad, la sepia, el oliva cactáceo, las laderas marcadas con el tatuaje de la erosión, la vegetación xerófila de porte bajo serpenteando por el terreno rocoso y rojizo que acompaña al Chama, quien amplía su cauce y resuena en la noche despejada del mundo semiárido bajo el cielo estrellado.

Digo que seguirán acompañándome las montañas porque es el continuum de aquellas que vienen desde las nacientes del Chama; pero, en realidad soy yo que me desplazo por este amado paisaje rocoso y me detengo a mirarlas, a escucharlas, a descifrar despojada de la racionalidad el mensaje que ellas tienen para mí.

Retorno aquí a las Tapias y vuelvo a sentir esta sensación de saber que desde cualquier punto puedo ver las montañas casi sin interrupción, y entender que eso es lo que hace esta ciudad única para mí. Entonces, vuelvo a preguntarme ¿hay “paisajes de la memoria”?, y la respuesta que encuentro es que son solo los recuerdos de cada persona, tan nítidos e intensos según hayan sido los afectos. Desde la geografía me pregunto ¿hay paisajes de la memoria?, sigo pensando que no. Encontramos relictos del paisaje que nos permiten conocer cómo pudo ser un paisaje en el pasado, pero esos reliquios son concretos, restos de un determinado relieve, un tipo de vegetación pero no son memorias. Los paisajes cambian, hacen metamorfosis quedando algo de lo que fue transmutando con lo nuevo.

Escribimos científica y poéticamente lo que fue su fisonomía (Figura 18), forma y actitud diría yo de ese espacio geográfico: su cuerpo y su alma; y con ellos queremos no olvidar situaciones que vivimos y asociamos con el lugar donde acontecieron y que nos marcó el alma, y por eso las evocaciones del paisaje nos gustan y conmueven. Hay un espacio geográfico concreto que dependiendo como lo veamos también es abstracto, como buena parte de la realidad que no logramos comprender y que, precisamente, por eso la dejamos a un lado o buscamos encasillarla en un concepto, a veces de moda, a veces duradero.

Tal vez algunos paisajes sean más indomables con un espíritu tan penetrante que logran cambiar el alma humana: aquí en *Cumbres* por ejemplo las lagunas, los arcos, las nacientes, y, entonces, inevitablemente me pregunto: ¿qué tienen los páramos para que su silencio cale tanto en mi corazón? ¿Qué tiene la zona semiárida para que la voz del viento me conmueva y “mueva” los cimientos de mi ser? (Figura 19)



Figura 18.- Pantano Grande en Páramo de Gavidia. Andes Merideños Venezolanos.
Fuente: Rebeca (Pérez 2015).



Figura 19.- Jamuen Tinta s/cartulina.
Fuente: Johana Lovera (2000).

¿Qué encanto tienen las lagunas para que nos hagan silenciar reverentemente e intenten explicarnos en su lenguaje el sentido real del tiempo o del no tiempo y nos haga saber de su infinitud? (Figura 20)

¿Qué tiene el mar que al contemplarlo junto al azul del horizonte nos muestra el fluir de la vida. Esta quietud profunda oculta en su movimiento superficial del mar que refleja mi propia alma?

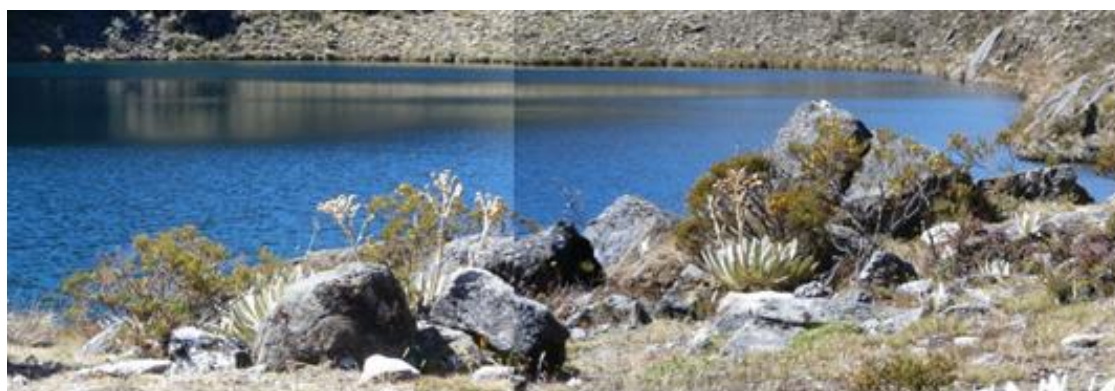


Figura 20.- Lagunas Las Bravas. Páramo de Gavidia.
Fuente: Rebeca Pérez (2015).

O, ¿qué hace que al ver la puesta del sol mientras viajo en un avión, sienta que ese es el reino de los cielos...y desborden las lágrimas ante la grandeza indescriptible de la luz eterna que, aparentemente, se oculta en un ocaso? Yo miro este paisaje de *Cumbres*, estos cuadros de mi ciudad tal como son y los escribo, sé que desde mi corazón; pero también los observo y busco conocer el sentido profundo de mi ciudad. Y ello me conduce a Mariano Picón Salas, a sus recuerdos en *Viaje al Amanecer* (1920) o en *Las Nieves de Antaño* (1981) donde describe la ciudad - a *Cumbres* como le llamó - para guardar la imagen de lo que fue su terruño. Y comprendo que su escritura tan poética lo que nos remite es a su corazón, el del joven que atesoró su amada niñez que va de la mano con el entorno que vivió, con el espíritu del lugar; de los lugares que supo descubrir en *Cumbres* y sus alrededores cercanos:

En el escenario de fresco verdor, nieves, flores y torrentes, sierras donde los cielos se amarran como banderas, que es el de mi nativo paisaje merideño, llamábamos "sol de los venados" aquel en que la tarde se prolongaba de un celajes, parecía jugar como la paleta de un pintor hambriento de matices en cada loma, en cada quebrada, en cada arboleda en que concluía el horizonte, antes de que se extendiera la noche. Miro ya a ese paisaje que dejé de muchacho, con el sol de los venados que es el de mi experiencia y mi melancolía vivida. Cuando

uno también selecciona el color y dibujo esencial, en el laberinto de todos los recuerdos... "(PICÓN SALAS. Nieves de Antaño, 1981, 149).

Recuerdos maravillosos y llenos de amor hacia la ciudad que caminó y contempló.

... Soy todavía un jubilado jinete de mucha memoria para no saber todas las vueltas que tenía la "Cuesta del Ciego" o cómo se subía a través de cerros y "llanadas" a aquel extraño lugar paradisíaco en que se ocultaba su secreto mágico la "Laguna de las Flores (...)" (PICÓN SALAS, 1966, p. 195).

"Después, Mérida y yo seguimos creciendo, y quizás nos tornamos más cosmopolitas. Sólo la sierra cesó de empinarse, y cualquier cambio en su tamaño lo advertirán los hombres dentro de cuarenta siglos. Las aguas que bajan de sus vertientes, la siguen ciñendo con sus collares de infinita albura. Hay todavía pájaros y mariposas, menos mudables que las generaciones humanas... Los jóvenes ya no se rapan las barbas y leen libros de versos en la imponderable "Barbería" de don Rafael Puente. Entre esas nochebuenas de allá lejos y las de ahora, ¡qué frontera de nieblas, de oscuros cirros, de cambio y de soledad!" (PICÓN SALAS. Nieves de Antaño, 1981, p. 218).

Sigue existiendo *Cumbres* con los cambios de un urbanismo que quisiera devorar con su presencia las montañas, siguen estando los mercados con ese "no sé qué" de la ciudad, y que aún en el mismo lugar no son los mismos porque su mezcla con lo nuevo de Mérida les otorga otro sentido (Figura 21). Sin embargo y aunque parece contradictorio para mí misma, también hay mercados y mercaditos de la ciudad que aun estando rodeados del cambio urbano, cuando se penetra en ellos se siente el mismo espíritu de siempre, ¿está eso en la gente que lo habita, con más años pero que sigue estando allí? como en el Mercadito de la calle 21 o los puestos de los sábados entre las calles 20 y 21 con avenida 2 Lora; o ese aire del Mercado Periférico o del Jacinto Plaza.



Figura 21.- Mérida
Fuente: Jhon Márquez (2018).

En contraposición está el Mercado Principal, más moderno con sus estructuras de concreto pero que carece del espíritu de los mercados para transmutar en una rara mezcla de supermercado provincial y mercado de

verduras moderno, a la vez que oferta turística de mercado económico que le hace perder la naturalidad del mercado campesino.

Aunque siga pareciendo contradictorio de esta paseante-habitante debo decir que en *Cumbres* en los sitios de Milla, Belén, la avenida 2 Lora desde Milla hasta la calle 22, la Avenida 1, el Casco Histórico Central de Mérida (ya no tan histórico) desde la calle 16 hacia “*arriba*” por todas sus avenidas es lo que más conserva el espíritu de la Mérida de ayer en sus distintas manifestaciones personales; sin embargo, como cuerpo ha cambiado, no es igual.

Busco el espíritu de la ciudad merideña, lo logro sentir y no sé si podré describirlo con palabras porque como las verdades o las cosas bellas o el bien y las virtudes no hallan cabida en las palabras, afortunadamente no se pueden aprisionar ni encasillar en las palabras y eso las salva, y salva a quien las logra captar en su corazón porque perduran eternamente sin necesidad de crear recuerdos ni memoria, sencillamente son, están, se unen a Uno. De manera similar como Basho lo deja entrever en el haiku sobre la flor de Nazuna¹, cuando contempló la diminuta flor y eso bastó para comprender su belleza y esencia porque el caminante se hizo Nazuna, fue Uno con ella. Entonces ya no hay intención de arrancar la flor para descifrarla en un laboratorio botánico acabando con su belleza al tratar de entenderla desde el mundo científico occidental de la razón.

Tal vez eso sea buscar el espíritu del lugar, finalmente hacerse Uno con el paisaje, hacer comunión con los lugares, no porque se planee o se fuerce a hacerlo sino porque surge una disposición inesperada que hace que por fin se “vea”, se sienta y palpite tanto en Uno que seas el “espíritu del lugar” y nada más haya que decir. Como me sucede en *Cumbres* durante los meses de febrero y marzo al contemplar maravillada el surgir las llamas del atardecer en los Bucares, contemplo la caída de sus hojas naranjas a los pies de sus troncos marrones y el verdor del césped. Y cada año es como si fuera la primera vez. No se necesita, entonces, descripción botánica alguna ni saber cómo se comporta su población, a qué comunidad vegetal pertenece.

¹ Basho (1644-94) compuso una vez un poema de 17 sílabas, haiku o hokku:

Cuando miro con cuidado
 ¡Veo florecer la nazuna
 Junto al seto!

Es probable que Basho fuera caminando por el campo cuando observó algo junto al seto. Se acercó entonces, miró detenidamente, y descubrió que era nada menos que una planta silvestre, insignificante y generalmente inadvertida por los caminantes... Basho era un poeta de la naturaleza, como lo son la mayoría de los poetas orientales. Aman tanto la naturaleza que se sienten uno con ella, siente todos los latidos de las venas de la naturaleza... (SUZUKI; FROM, 2012, p. 9,10).

Todo lo dice el Bucare mismo cada año si se lo ve con el éxtasis que Humboldt miró y abrazó a las Regiones Equinocciales. Porque Humboldt logró entender la estética de la naturaleza, la belleza del paisaje en su armonía.

Por eso al vivir la estación de los bucares en mi ciudad, ese espíritu de los lugares de *Cumbres* habita y habla en mí:

Eres tierra, retoño
fuego estacional que me encadena a tu seducción
A ti me entrego,
en caída libre
hasta el fondo de tú explosión crepuscular

Don Mariano Picón Salas lo expresó maravillosamente en *Viaje al Amanecer* (1981, 5) cuando amorosa y poéticamente escribió:

Aguas frías que descienden de la montaña nevada: árboles de luminosas hojas verdes y sombra apaciguadora, helechos y musgos donde se cristaliza el rocío;...

Y los cuentos de Mérida, y el olor de sus flores, y las fiestas de aguas y verdura con que la engalano el clima, me tienen en trance permanente de retornar a su paisaje..."

y allí Picón Salas descubrió el espíritu de *Cumbres*, de su lugar.

Yo retorno a la ciudad, aquí hacia el sur de la ciudad en La Punta...y parada frente a la laguna en Las Tapias mirando más allá de la vista, siento el espíritu que desde allí habita en mí:

Hoy te encontré en cada esquina,
en los rincones de mi peregrinar

Me detuve a contemplarte, acaricié tus parajes
aquellos más lejanos pero que siento puedo tocar
como el escultor al sentir entre sus manos el cuerpo imaginado

Me acerqué a lugares más próximos:
los bejucos, las aves posando en el cristal de la laguna,
los papiros iluminando territorios íntimos.

Tal vez me equivoco y eres tú quien me acaricia
perfumas mi cuerpo con aromas de lirios,
das aliento a mi alma
con este encanto de mi ciudad al amanecer

BIBLIOGRAFÍA

BUNKSÉ, E. Humboldt and an Aesthetic Tradition in Geography. *The Geographical Review*. 71 (2):127-146, 1981.

HUMBOLDT, A. *Cosmos. Ensayo de una Descripción Física del Mundo*. Tomo I. Vertido al castellano Alfredo de Lara. Eduardo Perié Editor. Bélgica, 1875.

KESSLER, M. *El paisaje y su sombra*. Colección idea Universitaria Filosofía. Idea Books. Barcelona, España. 2000. 86 p.

PICÓN SALAS, M. *Viaje al amanecer*. Las nieves de antaño. Homenaje a don Mariano Picón Salas en los 423 años de la Ciudad de Mérida. Mérida; Edición de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida. 1981.

_____. *Suma de Venezuela*. 2ª ed. Caracas-Venezuela; Ediciones Doña Bárbara, c.a. 1966.

SUZUKI, D.; FROM, E. *Budismo Zen y Psicoanálisis*. Serie Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis. Fondo de Cultura Económica. 2012. 152 p.

VIELMA, J. I. *sf. Altopía*. Otros Lugares. Crítica Interdisciplinaria a los lugares indeterminados de la ciudad contemporánea. Colección Minerva. Manuales Universitarios. Los libros El Nacional. FAU-UCV. 176p.

[VOLVER A SUMARIO](#)